

KALIXTI
EL ENIGMA DE LAS
SIETE ESTRELLAS



LA CIUDAD PERDIDA

PEDRO TERRÓN



Siete misteriosas estrellas fueron creadas en tiempos remotos. En el presente, un joven encuentra una de ellas en aguas del Mediterráneo. Por extraño que parezca ha soñado con esa joya varias veces. A partir de ahí, el protagonista se ve envuelto en una emocionante aventura que le lleva a viajar a una antigua época. Allí revive una vida pasada en la que se encuentra con su alma gemela y participa en una increíble historia que termina con un desenlace inesperado. Desvelar el misterio que sucedió entonces, puede afectar su destino y el de toda la humanidad.

LA PERSECUCIÓN

1.01

DUSSELDORF (ALEMANIA)

Día 30/05/2000 - 4:00 horas

En un tiempo perdido, casi olvidado, dos poderosos corceles tiran desbocados de un ligero carro de guerra. Le siguen varios más. Van tras él, persiguiéndole con inusitada violencia. El ensordecedor ruido de cascos y ruedas rompe el silencio del suntuoso palacio donde acaban de irrumpir. Veloces como relámpagos, atraviesan una gran sala de mármol y salen al exterior donde continúa la salvaje persecución. Ahora se han lanzado temerariamente por una ronda empedrada. El lugar está repleto de gentes que caminan ajenas al peligro que se avecina. La calle parece no tener salida. Al fondo, solo se distingue la puerta medio cenada de la mansión de algún noble. El primer vehículo reduce velocidad, momento que aprovecha un auriga perseguidor para disparar su arco. La saeta se clava en el hombro del fugitivo, atravesándolo dolorosamente...

De repente, me despierto sobresaltado en la cama. Todavía siento el dolor causado por la flecha. Me palpo el hombro y me sorprende encontrarlo intacto, sin rastro de herida ni de sangre... Menos mal, todo ha sido una pesadilla. Estoy en el presente, según el despertador son poco más de las cuatro de la madrugada.

Me incorporo, enciendo la luz y miro la imagen reflejada en el espejo que hay frente a la cama. En un instante vuelvo a ser quien soy, Rafael Ulloa Navas del Yelmo, aunque todos me llaman Runy. Moreno, ojos azules, metro ochenta escaso, delgado y bien parecido. Un joven empresario en viaje de negocios que ha tenido un mal sueño lejos de casa. Vivo en Ibiza capital, ciudad en la que nací hace un cuarto de siglo.

Medio despierto, procuro relajarme tendido sobre el mullido colchón. Sin causa aparente, entro en un lúcido estado de duermevela. Es ese punto especial de la conciencia donde la percepción se amplifica y la realidad aparece entretrejida en múltiples dimensiones.

Repaso los momentos más importantes de mi vida actual. Recuerdo con nostalgia la época de estudiante de Bellas Artes. Lástima que abandonara en el primer curso, ahora veo las cosas de otra manera. Fui demasiado impaciente y poco constante.

Sigo evocando retazos de mi corto pasado. La mente se llena de escenas vividas durante la etapa universitaria. Me costó aceptar que ser un mujeriego es incompatible con la personalidad del buen estudiante. Mal aconsejado por el irrefrenable impulso de mis hormonas, tuve que exprimir bien la materia gris del cerebro para licenciarme en Económicas. Aunque la hazaña mereció la pena; conseguí que mi progenitor financiara el primero de mis negocios.

Iba a estrenarme montando una pequeña distribuidora de productos informáticos. Estaba convencido de que iba a ser una actividad segura y muy rentable. Posiblemente lo sea, pero no para algunos. Al poco tiempo tuve que cerrar, estaba en la ruina. El motivo: una pésima organización y una peor administración. Quise abarcar más de lo que podía, además de precipitarme en muchas decisiones. Comprendí que si hubiese sido menos impulsivo habría controlado mejor la situación.

La experiencia me sirvió para aceptar una nueva e interesante lección, con el mal se aprende. Estoy convencido de que por eso existe. Los errores son parte del proceso de aprendizaje.

Aquella fase de mi vida tuvo también otros detalles más dulces. Conocí a Mónica, un encanto de chica. Era una atractiva joven, de frondosa melena acaramelada y grandes ojos oscuros que coincidió conmigo en un curso de submarinismo. Lucía un tipo fenomenal, nada que ver con las anoréxicas que nos intentan vender algunos modistos. Fue un flechazo. Tras un corto noviazgo, decidimos casarnos. Pronto hará tres meses.

Con los ojos cerrados, dejo que el monitor de mi memoria continúe emitiendo imágenes. Recuerdo aquella soleada mañana en la que mis padres y mis suegros me facilitaron el capital necesario para embarcarme en la segunda empresa. Esta vez quería instalar un gran concesionario para vender automóviles usados de importación.

Mis contactos en Europa se encargarían de buscarme los «chollos». Una vez comprados, traeríamos los coches por carretera hasta España para luego embarcarlos desde Barcelona hasta las islas Baleares.

Todo salió como pensaba. Precisamente el sueño que acabo de vivir me ha ocurrido en la habitación de un hotel en Dusseldorf (Alemania). Dentro de tres horas volveré a la península en compañía de Jorge, mi mejor amigo. Antes del anochecer, queremos entregar dos briosos deportivos en el puerto olímpico de la ciudad condal.

1.02

7:30 horas

Me encuentro en el *parking* del complejo hotelero. A mi derecha tengo aparcados los flamantes «carros» que he comprado. Están tan limpios y pulidos que parecen nuevos. Los dos son de la misma marca y modelo. Tan solo cambia su color; uno azul intenso y el otro con un precioso tono dorado. Abro la puerta de este último y me siento a esperar. Jorge prometió ser breve a la hora de despedirse de su encantadora acompañante, una berlinesa que, como nosotros, estaba de paso por el hotel.

Al cabo de veinte minutos le veo caminar hacia los coches, tan desgarrado como siempre, con el rizado pelo peinado a pura almohada y su sonrisa de duende habitual.

—¿Qué haces con la bragueta abierta? —digo cuando llega.

—¡Hala! Seguro que ha sido Veronika cuando me he despedido de ella —me contesta, tan fresco—. Ahora me explico por qué se reía tanto la recepcionista al entregarle la llave. Si sigue en el mostrador la próxima vez que vengamos, le tiraré los tejos. Tenemos mucho camino andado: ya sabe lo que hay.

Así es Jorge. No sé como lo hace, pero puede meterse en cualquier lío y, pase lo que pase, mantener su sentido del ridículo completamente al margen sin ofender a nadie. Hace poco cumplió veintiséis años físicos, los mentales los ignoro. Es igual que un niño, inconsciente y leal. Una de las mejores personas que conozco.

—El que llegue primero al peaje, se queda con el discman que nos han regalado —propone Jorge, mientras se ajusta unos guantes sin dedos, una cazadora de cuero negro y unas gafas negras, mezcla de Terminator y la Hormiga Atómica.

—Paso de carreras —contesto.

—Eres un cagueta.

1.03

8:10 horas

Estamos en pleno viaje. Ir por la autopista con un bólido como el que llevo es una auténtica gozada. Me apetece probar cuanto dan de sí los más de trescientos caballos de potencia que, según el fabricante, llevo bajo las suelas de mis zapatillas.

He llegado a los ciento cincuenta kilómetros con una facilidad pasmosa. Jorge, sentado en su poderosa mecánica, acelera poniéndose a mi altura. Me mira y dice adiós con un gesto burlón. Los coches son idénticos, sin embargo, el suyo parece tener mayor punta de velocidad.

Fuerzo la máquina y le alcanzo. Ahora soy yo quien se mofa con una mirada socarrona. Le devuelvo el saludo y piso el acelerador hasta el fondo.

Ya voy a doscientos. Los árboles parecen deformarse. La emoción sube mi adrenalina a la misma velocidad. Por un instante creo estar en Daytona. He llegado a los doscientos veinte por hora. Sigo acelerando. La sensación es una pasada. Me siento volar. Durante una fracción de segundo, revivo la imagen del sueño. Correr, controlar la velocidad, adrenalina pura en mi cuerpo...

De repente, oigo un estallido. Una de las ruedas ha reventado en mil pedazos. Al momento, el vehículo se cruza en el asfalto virando hacia la derecha. Me agarro con fuerza e intento un giro a la inversa. El miedo me impide pensar con claridad.

Los nervios desatados dejan paso a una extraña sensación de lucidez. Consigo controlar mi vehículo, pero vuelve a derrapar, esta vez en sentido contrario. Sin poder controlarlo, me dirijo en diagonal contra un camión que circula bastante lento. Voy a gran velocidad. Deseo con todas mis ganas que todo termine. ¿Me voy a matar?

Por un instante, tengo la certeza de que he muerto y he vuelto a nacer muchas veces. ¿Será este el momento de terminar y de volver a comenzar quién sabe en qué lugar y en qué tiempo?

El conductor del transporte frena en seco. Escucho el chirriar de los neumáticos en el asfalto. De las ruedas sale humo blanco. A pesar de su maniobra, no puedo evitar el choque. La parte trasera de mi coche golpea con fuerza en su parachoques delantero. Es un ruido seco que me devuelve al presente. A causa del encontronazo, mi deportivo se atraviesa por completo en la autopista. De pronto, todo son vueltas...

Vueltas y más vueltas, como si vivir (y morir) fuera girar dentro de una espiral que sube y baja, y que nunca termina del todo...

1.04

15:45 horas

Veo una luz que parece lejana. Me duele la cabeza. Huelo a alcohol y a medicinas. Al abrir completamente los ojos, descubro que estoy en un hospital. Me atenaza la duda por saber qué lesiones tengo. Oigo pasos. Alguien entra. Es Jorge.

—Hola Runy, ¿qué tal estás? —pregunta.

—Me duele el pecho, el hombro izquierdo y sobre todo la cabeza, noto como si estuviera vendada —digo, mientras levanto los brazos. Con mucho esfuerzo, compruebo que llevo puesto un aparatoso vendaje.

—Ten en cuenta de que te pegaste un piñazo impresionante —dice justificando mi turbante.

—No me acuerdo de nada —respondo, confuso.

—Pues estás vivo por los pelos.

—¿Qué me ha pasado?

—Debías ir a más de doscientos cuando se reventó una rueda trasera. Después de varias maniobras chocaste contra un camión y saliste de la autopista dando varias vueltas de campana.

—¡No fastidies! ¿Qué le ha pasado al coche? —le digo. No debo estar tan mal, porque me preocupa más el dinero que la salud. Jorge se ha debido dar cuenta. Y, más relajado, se sienta en una silla al lado de mi cama.

—Espera que te explique —dice, tratando de tranquilizarme—. Cuando llegamos, el deportivo estaba boca abajo. Te encontramos aprisionado. No podíamos sacarte. Solo

estábamos tres personas: un señor mayor, el camionero del golpe y yo. Entre los tres no teníamos la fuerza necesaria para darle la vuelta al coche. No sabíamos qué hacer. Para colmo, en ese momento nos dimos cuenta de que el motor estaba ardiendo.

Por momentos, empiezo a ponerme más nervioso.

—¿No me digas que se ha quemado? —exclamo con notable preocupación.

—Espera que termine —dice, tratando de calmarme y al mismo tiempo deseando contármelo todo—. Era desesperante ver como el fuego se acercaba y no podíamos rescatarte. Mira como tengo las manos a causa de los cristales.

Noto como se altera recordando la escena, mientras me tiende unas manos destrozadas y llenas de betadine y apósitos.

—¡Qué mal rollo! —digo, molesto por todo. Por las manos hechas polvo de mi amigo, por el accidente estúpido, por estar en esta cama, por el follón que se ha armado, por... ¡qué sé yo!

—Estabas como muerto —sigue diciendo Jorge, ya más calmado—, no sabíamos qué hacer. Si el motor explotaba, se acabó. Y entonces, apareció un tío rubio con unos pelos muy largos, parecía un vikingo. Fue como una aparición, pero llevaba una barra de hierro bastante larga y eso sí que era algo muy real. No nos dijo ni media, simplemente y sin perder tiempo, la puso en un lugar donde hacía palanca —según habla, gesticula con los brazos imitando sus movimientos—. Aprovechando que había parado más gente, empezó a dar órdenes. Parecía tener controlada la situación, como si la hubiera visto de antemano. Nos decía donde teníamos que empujar. Gracias a él conseguimos poner el coche en pie.

—¿Qué pasó luego? —pregunto, cada vez más inquieto por saber el final.

Compruebo como Jorge recuerda toda la escena sin saltarse el más mínimo detalle.

—Tú seguías inconsciente, preso entre el volante y el asiento.

—Ahora sé por qué me duelen tanto las costillas.

—Un alemán con pinta de bruto intentó hacer hueco, pero no pudo. El calor era asfixiante, el incendio casi llegaba al interior.

—Lo que tratas de decirme es que estoy en la unidad de quemados, ¿verdad?

—No, tranquilo, que ya acabo. Como nadie se atrevía a intentarlo, el rubio de las melenas apoyó su bota en el salpicadero y las manos en tu respaldo. Derrochó una fuerza impresionante —he de reconocer las dotes de Jorge como narrador, ha conseguido transmitirme la dramática situación—. Con un par de empujones consiguió liberarte el pecho, lo tenías aplastado. Después, por fin, te sacamos como pudimos. Tres o cuatro minutos más y te frías del todo. Cuando te rescatamos, tenías chamuscado el pantalón y una zapatilla.

Trato de incorporarme.

—O sea, que mi gran turismo se ha achicharrado.

—Enterito —me confirma. Jorge no es de los que se andan por las ramas.

—¡Mierda! No tenía seguro —protesto amargamente.

—No te quejes. Estás vivo porque llevabas un coche muy bueno. Te pasa con otro y no lo cuentas.

Mi amigo es así. Realista y práctico donde los haya.

En este momento, se abre la puerta de la habitación y entra un médico con la fisonomía típica de los germanos. Parece que todo lo que me ha sucedido en las últimas horas está envuelto en un aire vikingo.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta en perfecto castellano.

—Fatal —contestó de mala gana. ¿Qué espera que le diga? Y sin que medie pregunta por mi parte, el doctor dice, así, como el que no quiere la cosa que su madre es santanderina y que por eso habla tan bien nuestro idioma.

Yo no estoy para explicaciones gratuitas y voy al grano.

—¿Estoy grave?

—Te pondrás bien —dice, plenamente convencido—. Te has fracturado varias costillas, al igual que la clavícula y el omóplato izquierdos. En la cabeza tienes una herida inciso contusa en la región occipital y varios cortes en la frente.

—Pero todos son superficiales —dice mi amigo con su buen humor de siempre, tratando de animarme.

Jorge es como un hermano, nos conocemos desde niños. Le debo bastantes favores, entre otros, mi diminutivo. Un buen día, decidió abreviar mis altisonantes apellidos usando solo la primera letra. Hizo mi anagrama, Runy. Y desde entonces empezó a llamarme así. Al final, consiguió que todos los demás le imitaran.

—Te hemos dado más de treinta puntos en el cuero cabelludo. Solo un traumatismo necesitó una pequeña intervención. Todo ha salido bien. En unos días, podrás marcharte a casa —sigue explicando el doctor, quien por cierto lleva una bata blanca impecable. Tan blanca que parece pura luz. El golpe ha debido afectarme a los ojos además de a las costillas.

Cuando el cirujano se marcha, intento asimilar la situación. Me viene a la mente el recuerdo del que me salvó la vida. El nórdico misterioso, que apareció allí por las buenas, según me acaba de contar Jorge.

—¿Le diste las gracias al tipo que me rescató?

—Con el lío de la ambulancia, no lo volví a ver. Se esfumó. Aunque era muy alto, desapareció sin dejar rastro. Igual que apareció —recuerda Jorge. Se le nota extrañado. A él no le gustan los misterios. Lo que le va son las cosas que se pueden explicar, lo tangible. Le gusta vivir y no complicarse.

Y como ya me siento más tranquilo, seguimos charlando los dos un rato largo hasta que llega el momento de marcharse. Al quedarme solo, vuelvo a pensar en lo ocurrido.

Me siento diferente. Detecto nuevas inquietudes dentro de mí. No sé cómo definir las.

Algo ha pasado. Algo ha cambiado. Quizá por el accidente o quizá por este cambio interior, advierto que he perdido el interés por los coches caros. Me doy cuenta de golpe. En un raptó de sinceridad conmigo mismo, descubro que la vanidad era lo que me había empujado a montar el negocio. Acepto, con rotunda claridad, que existen cosas mucho más gratificantes que tener un automóvil de lujo para sentirse importante. Lo importante es otra cosa. Ser es diferente de tener, pienso en un rasgo de lucidez que me descoloca. ¿Qué me está pasando? No lo sé.

La vida, a veces, te da lecciones cortas pero intensas. En un instante he aprendido que la ilusión y su compañero, el entusiasmo, pueden considerarse como una de nuestras armas más poderosas. Es la llama que alimenta los anhelos y deseos más íntimos. Y si no la avivamos, con el tiempo termina por apagarse. ¿Qué tipo de llama se acaba de reavivar en mí? ¿Justo ahora, inmovilizado en la cama de un hospital? Es como si a la vida le gustara jugar y algunas personas fuéramos piezas claves de ese juego, formando parte de un tablero cósmico donde se realiza una inimaginable jugada universal, pero sin saber a ciencia cierta cuál es nuestra pieza ni cómo se mueve...

1.05

IBIZA (ESPAÑA)

DÍA 14/06/2001 - 20:15 horas

Ha pasado algo más de un año desde que ocurrió el siniestro. Hoy he comprobado que la teoría de la ilusión era cierta. De quién mueve las fichas allá arriba, sigo sin tener ni idea. Pero sí sé que no siento ninguna motivación por mi actual negocio. Me resulta indiferente. Se apagaron las ganas, quizá porque vuelvo a sentir la fuerza que se experimenta al comenzar una nueva aventura. Un atractivo proyecto bulle en mi cerebro como si estuviese dentro de una olla exprés.

La certeza de que en este planeta queda mucho por hacer y más por descubrir, me anima a intentar buscar retos que sean capaces de entusiasmarme. Presiento cambios importantes en mi vida.

Me encuentro en compañía de mi mejor amigo. Estamos reunidos en la oficina del concesionario.

—Jorge, ¡voy a vender la empresa! —digo de sopetón.

—¿Tú flipas o has comido flores? —Sabía que iba a decir esa frase. Siempre la usa cuando no entiende a alguien.

—Estoy desmotivado. Desde el accidente, me noto distinto. Quiero hacer cosas que sean más creativas.

—Precisamente ahora que, por fin, estás ganando pasta —me rebate con vehemencia.

—Tampoco gano tanto, tú lo sabes. Además, prefiero trabajar en algo que me deje plenamente satisfecho.

—¿Te vas a dedicar al sexo?